



SUMARIO. La extraviada, por «J. Puigventós.»—SECCION CIENTIFICO-LITERARIA: La ciencia y la ignorancia, por «Manuel Maestro García.»—Un amor pasado por agua, (conclusion) por «N. de Leyva y Vizcarro.»—Al caer las hojas, por «X.»—Agricultura. Los abonos, por «Ruino Diaz Trabado.»—Cubiertas y anuncios.

LA EXTRAVIADA

¿Quién la engendra?
—La sociedad.
¿De qué vive?
—De la corrupcion de esa
misma sociedad.
¿Quién la regenera?
—Nadie.

J. QUIVENSPOD.

Si es permitido escribir odas á la luna, que á muchos nos tendrá sin cuidado que el poeta la apellide melancólica ó bella; si está en uso trasladar al papel el gusto que en el vestir la moda impone; si es natural, en España, ya que no prohibir, reseñar con todas sus menudencias los bárbaros episodios de una corrida de toros, permítaseme también á mí ocuparme de esa criatura que, no obstante sus miserias y defectos, es nuestra hermana.

Ignoro si la presencia de esas mujeres, ya vistan rico traje de seda, ya humilde percal, produce en el ánimo de mis lectores el mismo efecto que á mí; y es que hiriéndome el pensamiento las tan concisas como laónicas conclusiones que encabezan estas líneas, en

vez del asco y desprecio que á muchos inspiran me dan amarga lástima.

¿Quién no siente compasion por esas jóvenes, algunas de ellas casi niñas, inocentes y puras en no lejano día y castigadas más tarde con el mayor de los castigos, el desprecio social!

Desde el momento que una mujer se ve obligada á inscribir su nombre en cierto libro, bien puede afirmarse que, para la sociedad, deja de existir.

Si tiene familia, negarale ésta su apoyo y sus consuelos; si contaba con la amistad de sus amigas, pronto la verá retirada, y á su presencia se cerrarán las puertas todas cual si fuera la personificacion del mal.

Encuétrase, pues, sola, aislada en medio de la sociedad, de la que recibe un trato peor que si fuese esclava y bestia á la vez. y sin esperanza de ser feliz, puesto que los goces más puros no podrá nunca satisfacerlos. Uno de ellos, el principal en mi concepto, es el del hogar. Este, que bien puede llamarse santuario porque reina en él la dicha y el amor, mitigando por ende la carga impuesta por las necesidades originarias de la lucha

por la vida; templo en cuyo seno podemos emanciparnos de las amarguras que lleva en sí la vida errante, creando á su calor la familia, base de la sociedad; ese centro, pues, que por sí solo constituye un mundo, jamás será asequible á la mujer perdida:

Podrá ésta, á cambio de oro que haya tal vez recogido, construir su vivienda y llenarla de los atractivos que la humana inteligencia ha inventado; podrá, si se quiere, romper el monótono silencio de sus salones, rodearse de criados; pero ni el lujo, ni las comodidades todas, ni la asalariada compañía que la circunda le harán sentir la dicha, cual los que, ya al lado de la esposa, ya al de los hijos, experimentamos con el cariño y amor que nos profesan.

Si todo sér necesita de la sociedad, porque la comunicacion con nuestros semejantes es el complemento de nuestra vida, ¿qué será de la mujer de que se trata con sus relaciones, que por lo fugaces pueden compararse á los fuegos fatuos, atento que como éstos solo tienen vida durante las tinieblas y mueren al menor destello de claridad?

¿Qué importa que los hombres que tutea durante la noche la requiebren y le dispensen mil necesidades y reine en sus conversaciones la más descocada franqueza y en sus actos presida el sensualismo más grosero? El mismo sujeto que todo ello consiente dentro su lupanar y por quien se ha aprestado, tal vez á pesar suyo, á sus caprichos, á menudo indignos de séres civilizados; ese hombre, que aunque bajo el prisma de la moralidad esté á su nivel, se guardará á la luz del día ó en público de dirigirle la mirada, si no quiere verse señalado con el más marcado desprecio.

Así que, sin el más leve átomo de esperanza de volver á la sociedad, que es la vida, ni remotamente concebir que puedan sus semejantes tenderla una mano amiga, pues que su falta se considera tan irreparable é imposible de expiar como imposible es hacer resucitar un muerto, véase en el forzoso trance de sufrir hasta que la continuidad de semejante vida la embota de tal suerte los sentidos, haciéndola insensible á todo, que acaba por tener de humano tan solo la forma.

Su cuerpo, que habia sido la felicidad y alegría de sus padres primero y más tarde fuente de placeres, viene á ser por último, casi siempre, un número de estudio en la clínica de algun hospital.

¡Ah! la razon humana se resiste á concebir cómo sér tan débil pueda tener el in-

comparable valor de sufrir por sus impulsos ese interminable calvario.

Y á pesar de todo, no fuera digna de compasion y sí acreedora de peor suerte, aquella cuya falta, origen de tantas desdichas, hubiese sido voluntaria; mas para la que fió en la palabra del hombre que juró amor eterno y para quien no tan solo hubiese sacrificado lo más sagrado, si que tambien la misma vida; para la que de tierna edad quedó sin padres que le enseñaran la virtud, apartándola al mismo tiempo de todo peligro para la que con un sacrificio creyó ahuyentar la miseria que le rodeaba; para la que ha sido víctima de brutal atropello y para otras tantas que, por causas diferentes, aunque hijas todas de las pasiones de la miseria y de la educacion, se dejaron, inconscientemente, arrebatada la flor virginal, tengamos cuando ménos la conmiseracion que como á semejantes nuestros se merecen.

No para mejorar el estado en que yace la clase que nos ocupa, sino por adoracion á su especie, quisiera que la sociedad aunara sus fuerzas, procurando por todos los medios, ya que no salvar á la mujer extraviada, evitar su perdicion.

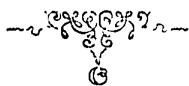
Triste es contemplar como en tantas capitales donde se desenvuelve cierto sentimentalismo, como podria llamarse, manifestado por corporaciones que toman á su cargo, unas, la mejora de la raza caballar; otras, la proteccion de toda clase de animales, no surjan sociedades que den más preferencia al género humano, que la que dan aquellas á séres irracionales, estudiando y poniendo en práctica, por trascendentales que tengan que ser sus esfuerzos, los medios para arrancar á la mujer de ciertos trabajos, que para ganar mezquino jornal, ni están en armonía con su delicada constitucion y que por la desmoralizacion, debida á la ignorancia que en esos centros impera, son el gérmen de su desgracia.

Si gloria alcanzan el poeta, el literato, el médico, el abogado y cuantos en artes, letras y ciencias se hacen merecedores de ella por su talento é inspiracion, mayor seria aun para aquellos que contribuyeran á mejorar la suerte de la mujer.

No permitamos, pues, por ningun concepto, que en el siglo en que, merced á la civilizacion, se han resuelto los más áridos problemas y que todo tiende á perfeccionarse, la obra más bella y admirable de la naturaleza se vea, por causa nuestra, inferior al bruto; para cuyo logro bastará solamente

trabaje cada cual dentro de su esfera, sin olvidar el principio de que, embrutecer á la mujer es embrutecer á la humanidad.

J. PUIGVENTÓS.



Seccion Científico-Literaria

LA CIENCIA Y LA IGNORANCIA

LA difusion de las ideas científicas y literarias tiene una importancia tan trascendental, que si todos los hombres fueran ilustrados serian ménos las intrigas y cábalas sociales, y disminuiría, por tanto, el sinnúmero de leyes y disposiciones por que se rigen los pueblos, hasta encerrarse otra vez en los diez preceptos del decálogo.

La ignorancia es compañera inseparable del vicio y del crimen; la ilustracion y la ciencia saben formar al hombre digno, al padre amante y al ciudadano honrado y querido de todos. Los países más criminales, segun lo acredita la estadística, son aquellos que carecen de elementos científicos, mientras que el vicio y la corrupcion de costumbres huyen de las naciones y lugares donde se rinde fervoroso culto á las verdades de la ciencia. Desde la antigüedad viénesse demostrando con el testimonio histórico que para que un pueblo alcance la supremacía sobre otro no hacen falta ni extensos dominios, ni formidables elementos de guerra, sino hombres de conocimientos, de carácter, de corazon y dignidad, hombres, en una palabra, asociados al estudio y anhelantes de arrancar á la ciencia sus más recónditos secretos.

Cuando la ilustracion no habia ejercido todavía su mágico poder en la humanidad, los hombres apelaban á engrandecer sus dominios por medio de la fuerza; no habian llegado á comprender que para conseguir aquel engrandecimiento tenian que sacrificar sus vidas y con éstas sus haciendas y familias. Así pasaron siglos y siglos en unos y otros pueblos, en tanto que la semilla de

la ignorancia y del mal se reproducia sordamente, haciendo innumerables presas. Vino más tarde una generacion que, sufriendo sin duda las terribles consecuencias de sus antecesores, apresuróse á remediar tan grandes males y dirigió su actividad al campo de los fenómenos naturales que se presentaban á la nueva contemplacion. La ignorancia con que caminaban y el respeto y fé que tenían hácia los seres sobrenaturales en quienes creían, influyeron mucho en sentar las verdades de los fenómenos que contemplaban sobre conjeturas erróneas entrelazadas timoratamente con los preceptos de aquellas religiones falsas y vulgares.

La religion del Crucificado vino á esclarecer parte de estos errores; con ella empezó á formarse el corazon de la humanidad; con ella tambien se preparaba la inteligencia al gran paso de la regeneracion social y á desechar la incertidumbre, reemplazándola con verdades filosóficas exentas de fábula y de presiones odiosas.

Así trascurren los años y los siglos y comienza ya á vislumbrarse una aureola brillante que habia de ceñir las sienas de mil mártires de la ciencia, de mil hijos del arte y de mil hombres que sin profundos conocimientos dieron á su pueblo días de orgullo y de esplendor. Y entonces es cuando la ciencia, abriéndose paso por entre las elevadas montañas de la ignorancia, llega á todas partes sembrando la hermosa paz y los principios eternos en que ha de descansar la sociedad si ésta ha de tener el verdadero carácter de tal.

A la bondad de la ciencia salen al encuentro los encargados de difundirla; y en Escuelas, en Cátedras, en Ateneos, en Corporaciones y en veladas, en fin, se oye la autorizada palabra del maestro, del catedrático, del disertante que desea llevar á todas las inteligencias el fruto de sus desvelos y penosas vigiliás. Allí, entre los suaves perfumes de la ciencia y el deseo de ilustracion, se establece una corriente mútua que da por resultado el respeto y consideracion más profunda de unos á otros, y la posesion más evidente del puesto y deberes que á cada uno corresponde en la vida social. De aquellos momentos de bienhechora ilustracion nace el respeto hácia nuestros mayores y dignidades; allí se fomentan las buenas prácticas recibidas en nuestra niñez; en esas horas de estudio comprendemos cuán inmarcesible es la corona que ciñe las sienas de los mártires de la ciencia, al

mismo tiempo que inclinamos nuestro ánimo á imitar el ejemplo de nuestros antecesores, en aquellas conversaciones artísticas, literarias y científicas, se crea una bondad inextinguible hácia nuestros padres y hermanos; de allí, en una palabra, sale el hombre poseído de las ideas, dignidad, honor y deber que nunca jamás olvida y que lo encaminan á la felicidad que el hombre puede anhelar en la tierra.

Desgraciados mil veces los que no pueden dedicar los primeros años de su vida á la consagración del estudio por necesitar ganar con su rudo trabajo en el campo y en los talleres el sustento preciso para la vida; pero más desgraciados son aun los que se apartan de esos centros ilustrados y convierten en distracción los días de estudio, empobreciendo sus facultades intelectuales y arrojándose tal vez en los brazos del vicio y del crimen.

Afortunadamente son pocos los que, reuniendo condiciones favorables, prefieren la vagancia, y sus consecuencias al trabajo y al estudio, porque la filosofía de la historia nos demuestra que aquélla acarrea forzosamente grandes males de difícil curación, mientras que ésta favorece los buenos deseos de los que se amparan en ella; el testimonio humano ha demostrado también el gran abismo que media entre la ciencia y la ignorancia.

MANUEL MAESTRO GARCIA.

UN AMOR PASADO POR AGUA

Conclusion. (1)

V.

En los pueblos pequeños se estrechan pronto las amistades; así es que Carolina y su esposo D. Silverio, concurrieron á pasar las veladas en casa de mis tios, bastando para ello con una presentación, nada ceremoniosa, que yo me encargué de hacer entre ambas familias.

Mi tío y el comandante se hicieron amigos inseparables: ambos tenían las mismas opiniones políticas, y los dos eran aficionados á la pesca. Todas las tardes salían en

(1) Véase el número anterior.

una barquichuela propiedad de mi tío, llevándose en ella la cena, pues no regresaban hasta muy entrada la noche.

Yo, con objeto de distraerme y distraer al mismo tiempo á Carolina, me decidí á hacerle un retrato suyo al óleo, en cuerpo entero y con el mismo traje que le había visto en el baño.

Ella se resistió al principio por parecerle la *toilete* demasiado ligera, pero yo la logré convencer recurriendo á toda mi oratoria.

Una vez decidida, instalé mi estudio en el piso alto de la casa de Carolina y empecé á trabajar con ardor. Aunque la figura principal del cuadro había de ser naturalmente Carolina, convenimos en que le servirían de fondo los accidentes de la playa donde juntos nos habíamos bañado.

Debo decirte en mi honor, que mientras trabajaba en el cuadro yo era solo artista; pero cuando las sombras del crepúsculo me impedían manejar el pincel, procuraba entablar relaciones más íntimas con mi modelo, el que al principio me recibió con no mucha cortesía; pero convenciéndose finalmente de que para que la cosa saliese á pedir de boca era necesario dejar obrar al artista, se fué aclimatando á no negarle á éste todo lo que de ella exigía.

Una tarde en que el mar estaba algo picado, regresó D. Silverio temprano de la pesca y habiéndonos sorprendido trabajando, no llevó muy á bien el que yo manejase con tanto ardor el pincel en beneficio de su esposa.

El resultado de ello fué, que al día siguiente tuvimos una entrevista el comandante y yo en un bosquecillo que hay en la parte norte del pueblo, acompañados de los dos jóvenes más calaveras de Costasalada.

La entrevista no tuvo para mí nada de agradable, pues me obligó á llevar *en cabestrillo* el brazo derecho por espacio de quince días. El apergaminado militar ya supo lo que se hizo: si de resultados del duelo me tienen que amputar el brazo, no puedo ya dedicarme al ejercicio de mi profesión.

Pronto se corrió la voz por Costasalada de mi desafío con D. Silverio, y como la gente de los pueblos es muy curiosa, llegaron por desgracia á averiguar la causa que lo motivó, y entonces me ví obligado á abandonar el pueblo así que estuve restablecido, para librarme de sus chismes.

Hace un mes que llegué y aunque deseaba verte te encontrabas en Madrid se-

gun me dijeron; hoy te he podido echar la vista encima y espero que comeremos juntos.

VI.

Lo que hasta ahora llevo escrito es la narración que el jóven artista Roque Cisneros hizo á su amigo Julio; narración que he modificado en la forma para llenar las exigencias de la novela.

Hecha esta advertencia, sigamos por nuestra cuenta el hilo de las relaciones entre los personajes de la historia que Roque empezó á contarnos.

Pasaron algunos dias despues del en que se encontraron los dos amigos; y era una tarde de últimos del mes de Octubre, cuando el desocupado Julio se encontraba en un café, matando las horas en compañía de *La Correspondencia de España*, á quien pagaba con repetidos bostezos, las noticias insulsas que el periódico le comunicaba.

Julio esperaba á un amigo para acabar de concertar un viaje á Italia que hacia dias tenían proyectado.

Ya sacaba el aburrido jóven un cigarro, —quinto de la tarde— para entretener el ocio, cuando entró en el café una mujer bastante bonita aunque muy pálida, que tomó asiento en una mesa inmediata á la que nuestro amigo ocupaba.

Julio tenía la cualidad de *hacer el amor* á todas las jóvenes que le gustaban, y por aquella vez no se escapó la jóven pálida de sus manías galanteadoras. *Ella* no parecía desdenar las miradas incendiarias de Julio, y últimamente correspondió á ellas con otras que parecían decir:

—Si yo te gusto, á mí me pasa otro tanto respecto á tu persona »

Por no cansar al lector con la relacion de ciertos preliminares que siempre son los mismos; solo diré, que al poco rato de entrar la jóven en el café, nuestro amigo estaba sentado al lado de *ella* y sostenian ambos una conversacion, que principiando por fútil habia llegado á ser de las más interesantes.

Estaban engolfados los jóvenes en lo mejor de su diálogo, cuando les distrajo de él una carcajada alegre seguida de estas palabras:

—He venido en busca de un amigo y la suerte me depara dos. Buenas tardes, Carolina.

—¡Roque!

—Sí; yo soy, y espero que siempre el mismo para tí á pesar del génio de *mi* comandante.

—*Ese* poco dará que hacer: estoy separada *amistosamente* de él despues de la aventura de *marras*. Más trabajo nos dará un primo mio, causa de mi estancia en esta capital.

Mucho chocó á Roque la manera de expresarse de Carolina, delante de su amigo que debia ser desconocido para ella; de ello dedujo que se habia aprovechado de la libertad en que el comandante la habia dejado.

Roque volvió á ser para su ex-modelo— aunque con ménos ardor— lo que habia sido en Costasalada, hasta que un dia la dejó para ir á Italia donde no le pudo acompañar su amigo Julio por haber recibido la infausta noticia del fallecimiento de su padre ocurrido en Chinchon.

Antes de marchar el jóven artista envió á la Exposicion Nacional— que por aquel entonces se celebraba— un cuadro al óleo que fué premiado con medalla de segunda clase.

El cuadro en cuestion, era una *marina* que representaba dos jóvenes de distinto sexo bañándose con las manos enlazadas, y á poca distancia un pequeño botecillo desde donde un Cupido apuntaba con un arco á los dos bañistas. La *marina* llevaba por título: *Un amor pasado por agua*.

Cuando los periódicos de la Côte hicieron el juicio crítico de las obras premiadas, al ocuparse del cuadro de Cisneros, decian entre otras cosas:

«.....que tenia excelente colorido, buen diseño y sobre todo, que el asunto estaba tratado *con amor*.»

Dos años estuvo Roque en Italia, y durante ese tiempo visitó con detenimiento las ciudades de Roma, Nápoles, Florencia y Venecia; allí recojió asunto para sus cuadros en las ruinas del Capitolio y los Anfiteatros; en las verdes campiñas que se extienden al pié del Vesubio, y en los tranquilos canales, que riza apenas el paso de las gallardas góndolas.

VII.

Una hermosa mañana del mes de Mayo, se encontraron Julio y Roque en la esta-

cion del Mediodía de Madrid. Los dos habian venido en el mismo tren y no se habian visto durante el viaje.

Despues de abrazarse estrechamente y cambiar las frases propias en dos amigos intimos que han estado largo tiempo separados, preguntó Julio á Roque:

—¿No has sabido nada de aquella militarita que te tuvo en otros tiempos medio chifado?

—Sí; la ví en la fonda de Chinchilla, y me suplicó pusiera en juego mis relaciones para que le dieran pronto la viudedad que le corresponde por muerte del pobre comandante.

—¿Y qué le dijiste?

—Le prometí hacer lo que pudiese. No te puedes imaginar la compasion que me dió: estaba Carolina muy delgada y un humor herpético que tenia en la cara le quitaba por completo aquella belleza que tuvo en otros tiempos. En cuanto al amor que le tenia por culpa de aquellos baños, otros se han encargado de borrarlo por completo.

—¿Y eso?

—Me dijo Carolina que iba á Archena á restablecer su salud harto quebrantada por cierto. Ya comprenderás que las aguas de Archena son capaces de desinfectar de amor los corazones más ardientes.

—Ja! ja! ja! ¡Pobre Carolina! ¡Un amor pasado por agua! Nunca he creído que los peces abrigasen bajo sus escamas pasiones volcánicas.

N. de Leyva y Vizcarro.

AL CAER LAS HOJAS

Miradle, pálido, enjuto, demacrado, con paso lento, apenas puede sostenerse; inclina la cabeza hácia el suelo; sus ojos han perdido el brillo, su cutis lo ha cobrado, ¡pero ay! un brillo triste como el del alabastro. Lleva la muerte en sus pulmones; cada momento que pasa carcome en sus fibras una molécula más; el aire circula por ellos con dificultad. Debe ser el dolor más horrible vivir y contemplar la muerte, sentir el ruido de sus pasos, verla acercarse paulatinamente, y ver al mismo tiempo á los demás que rien y gozan y disfrutan del cielo azul, del

mar bonancible, del aire puro, del horizonte dilatado.

¡Miradle! tiene conciencia de su estado; sabe que para él no hay salvacion, pero algunas veces la esperanza de retardar su última hora le acaricia y le consuela. Piensa en la primavera, en la vuelta de las golondrinas y de las rosas; las espera con frenesí inesplicable; crea en su imaginacion cuadros hermosos, proyectos de pintorescos viajes; se embebece pensando quizás en su restablecimiento, y hasta la sonrisa llega á divagar por aquellos lábios amortiguados. Pero ¡ah! la primavera vuelve, vuelven las golondrinas, nacen las rosas, soplan las auras tibias; los alegres corros de jóvenes retozan por las montañas y por las praderas, y el infeliz enfermo no siente más que levemente el delicado impulso del buen tiempo. También en sus mejillas aparecen dos pequeñas rosas que se destacan de un fondo amarillo y descarnado. La muerte tambien tiene flores.

Pasan Abril con sus capullos y sus bandadas de pequeños pájaros, Mayo con sus fresas y sus cerezas, Junio con su robustez benéfica y sus eras repletas de trigo. Llegan los ardientes dias y las cortas noches, los aires embalsamados, los cantares campesinos, los claros de luna alumbrando escenas de amor y de felicidad. Luego las turbas de alegres cazadores se desparraman por los bosques y por las riberas, los recargados recimos penden de la rechoncha cepa y de la elevada parra; el traqueteo de los carros turba el silencio de los crepúsculos, y de vez en cuando las tempestades asoman en el horizonte y se desbordan por el espacio.

El infeliz enfermo siente que se agolpa á sus lábios la sangre de sus entrañas; tose, ¡pero ay! su tos seca y contundente parece resonar en el hueco de una tumba vacía. ¡Pronto va á llenarse! Cuando las hojas caen y empiezan las ráfagas frias, el pobre pálido ha perdido casi cuanto le restaba de vida; solo es una sombra que se mueve lentamente. Avanza la estacion, las hojas secas ruedan y desaparecen en circulante remolino. El último rumor de las hojas se lleva el último suspiro del moribundo.

X.

AGRICULTURA

LOS ABONOS

Siendo el principal objeto de nuestro periódico ilustrar á la clase labradora, rutinaria en su inmensa mayoría, refractaria á toda clase de progreso é incrédula en todo aquello que no haya visto practicar á sus antecesores, y convencidos de que con la constancia hemos de vencer el error y la rutina, que son las destructoras armas de nuestra agricultura, ya que el labrador no ilustre su inteligencia con la lectura de obras científicas que le tracen el camino que ha de seguir en la marcha de sus operaciones agrícolas, transmitámosles, llenos de la mejor buena fé, los consejos de los sábios agrónomos, y si conseguimos que el uno por ciento lleve éstos á la práctica, habremos logrado el objeto que nos proponemos.

Uno de los puntos de que el labrador debe ocuparse con más detenimiento, por ser el de más interés para alcanzar el buen éxito de sus cosechas, es el de conocer bien los abonos y sus cualidades, el estado en que deben emplearse y modo de verificarlo; pues, como ya manifestamos al tratar en otro artículo de este asunto tan importante, de aquí depende la vida ó muerte de la agricultura.

Todos sabemos que las plantas viven á expensas del suelo y de la atmósfera, tomando del primero, por absorcion y al estado líquido, las materias minerales y orgánicas que contienen naturalmente las tierras ricas, y artificialmente los suelos pobres y de fertilidad media, cuando el cultivador le proporciona los fertilizadores indispensables. Estos fertilizadores ó abonos deben ser orgánicos y minerales, porque de ambos necesitan las plantas para su desarrollo.

Cuando un labrador elabora mucho estiércol, suministra á la tierra los principios que necesita y asegura el buen éxito de sus cosechas, porque el estiércol, recojido y preparado con cuidado, es un abono completo por contener en gran proporcion materias vegetales ó carbonadas, materias azoadas y una notable cantidad de fosfatos y de sales alcalinas. Pero cuando por el atractivo de mayor interés se ve precisado el cultivador á aumentar, á expensas de los forrajes, los cultivos de granos, ó industriales que roban mucho azoe y fosfatos á la tierra, está obli-

gado el labrador, si quiere conservar la fertilidad de sus campos, á emplear abonos artificiales, que son los que le proporcionan el azoe bajo la forma de amoniaco, los fosfatos y las sales alcalinas, á un precio menor del que lo harian sus animales.

Los ahorros del labrador están siempre en relacion con la cantidad de abonos de que puede disponer, de las buenas condiciones de éstos y de la acertada aplicacion de los mismos. Al llegar á este punto no podemos ménos de decir algo de la situacion y forma en que han de estar colocados los estercoleros ó pudrideros, pues el habernos criado entre labradores y vivir entre ellos, nos hace ver lo mucho que deja desearse sobre este punto. Deben formarse en sitios bajos y de suelo sólido, donde no entren las aguas, porque el exceso de la humedad, como la falta de ella, les perjudica igualmente. Depositadas las basuras ó estiércoles de todas clases en estas hoyas, se les debe dar algunas vueltas ó córtés en invierno y primavera para que fermenten, se pudran y combinen mejor. Si al ejecutar esta operacion se nota que el estiércol está enmohecido y exhala un olor ácido fuerte, es prueba evidente de que no fermenta bien por falta de humedad, y en este caso hay que echarle agua. Es conveniente que estos depósitos estén siempre á la sombra, y cuando no puede ser, hay que preservarlos de la mucha impresion del sol con una capa de tierra que cubra toda la basura. Esto mismo debe hacerse cuando los estiércoles se llevan á las tierras y se tienen amontonados por algun tiempo antes de desparramarlos. Con esto se evita la evaporacion que es consiguiente, y la capa de tierra que se pone en contacto con el estiércol se pone en condiciones de ser un mejoramiento para el terreno.

El uso de los estiércoles que se consiguen de los pudrideros ya dichos, puede ser vario segun son los grados de fermentacion por donde tienen que pasar. En el primer grado, que es un estiércol enterizo ó nuevo, se aplica con buen éxito á las tierras salitrosas y compactas al tiempo de dar las labores preparatorias. En el segundo, que es cuando está ya más podrido, conviene á las tierras muy húmedas, á las que tienen muchas piedras, á las pantanosas y á las arcillosas arenosas al tiempo de dar la segunda ó tercera vuelta; y en el tercer grado, ó sea el último de su fermentacion (que es cuando todas las materias de que se com-

pone se han destruido y confundido en una sola más negra y menuda que las anteriores), conviene á todos los terrenos al tiempo de sembrar para cubrir el estiércol al mismo tiempo que el grano; pues de lo contrario se le pasaria pronto el jugo y la fuerza mediante á que fermenta ya poco por haber pasado por todos los grados de la putrefaccion en el estercolero.

En las comarcas en donde comprenden las ventajas que presenta repartir uniformemente el abono, los pequeños montones de estiércol con que ha de abonarse el campo son iguales y á distancia regular unos de otros. La distancia que los separa debe ser de siete á ocho metros.

El medio más expedito para determinar en el campo los puntos en que deben colocarse los montones de estiércol, consiste en trazar con el arado líneas paralelas equidistantes, tanto á lo largo como á lo ancho de la tierra. Cada punto de insecion de las líneas, indican dónde deben existir los montones de estiércol. Para que los montones cercanos á los lados del campo no tengan que cubrir una superficie mayor que los colocados en las líneas intermedias, es decir, en lo interior, es necesario que estén situados á una distancia de los bordes igual á la mitad del intéryalo que debe existir entre los montones. Esto si el terreno fuere completamente llano; pero si el terreno fuese muy inclinado conviene abonar con más profusion las partes altas del campo, se aumentará el peso de los montones, ó se acercarán más á medida que se adelante hácia la parte superior del terreno.

Otra de las cosas que debe tenerse muy en cuenta es la profundidad á que debe enterrarse el estiércol para que éste sea útil á las plantas. Esta debe ser á la distancia en que se mantiene la humedad que reclaman los vegetales en su vegetacion; si se coloca el abono encima de este punto, se seca, fermenta mal durante los calores y no aprovecha, porque así colocado no experimenta los efectos de la descomposicion. Por esta razon los trigos y centenos sembrados en tierras arcillo-arenosas, en las que falta fresco en estío, son poco productivas por más que hayan sido muy abonadas. Si la experiencia enseña los inconvenientes que presenta una estercoladura enterrada muy superficialmente en los paises meridionales, en los terrenos secos ó suelos que no retengan el 12 ó el 15 por 100 de humedad á una profundidad mayor que la que se coloca el

abono, debe, por otra parte, evitarse enterrarlos profundamente en los suelos húmedos ó bajo un clima lluvioso, porque cederá el agua sus principios solubles y éstos serán arrastrados léjos de las raices de las plantas. Por lo tanto se encerrará poco en las tierras húmedas ó en los paises donde cae anualmente mucha agua, y se enterrará más en los terrenos secos

Cuando el estiércol se destina para las plantas de raices largas, como la zanahoria, esparceta, etc, nunca se enterrará demasiado, porque sus raices irán á encontrarlo lo mismo que la humedad. Las plantas anuales y de raices someras requieren se coloquen los estiércoles superficialmente.

Por último, el valor del estiércol aumenta á proporcion que progresa la agricultura, pudiéndose formar una idea bastante exacta del estado agrícola de un país por el precio que tiene el estiércol en el mercado.

RUFINO DIAZ TRABADO.

De «La Prosperidad.»



Hemos visto un gran cuadro que presenta la facsimile ó retrato de todos los reyes ó soberanos de la Península española en todas las épocas históricas, muy á propósito para las escuelas primarias y demás establecimientos de enseñanza. La idea estaria completa y fuera mucho más importante y útil si su autor, el señor Paluzié y Cantalocella, de Barcelona, no hubiese olvidado el detalle más interesante, que es colocar al pié de cada medallon los años que marcan el principio y fin del reinado del soberano que aquél representa. Esto, que tal vez no se haya hecho por ser tarea difícil, larga y enojosa buscarlo en los tomos de la historia de las diferentes soberanías que hubo en España, lo encontrará el señor Paluzié hecho en la obra *Cuadros sinópticos de la historia de España*, de D. Manuel Meseguer, que se halla en la librería de los señores Bastinos de aquella capital. No olvide el señor Paluzié tan importante detalle para la aceptacion de su interesante trabajo en las sucesivas ediciones del mismo.